V. Blasco Ibáñez

¿Qué es lo que los hombres tememos y deseamos más en el curso de nuestra vida?

(El Imparcial [México], 17-12-1908)

¿Qué es lo que los hombres tememos y deseamos, en el curso de nuestra vida?

La vejez.

La tememos porque es signo de debilidad y decadencia; heraldo que pregona un próximo fin; mensajera de la destrucción y de la nada. Nos sonríe, al mismo tiempo, la esperanza de ver llegar esta huéspeda importuna, porque es una garantía de que nuestra existencia no se cortará, brusca e inesperadamente.

La animosidad con que pensamos en esta viajera, odiada y deseada al mismo tiempo, que ha de llegar puntualmente cuando suene su hora, es producto, en gran parte, de un error.

Confundimos lamentablemente la vejez con la decrepitud.

Hombres hay que a los treinta años son decrépitos y agonizan lentamente. En cambio, viejos de ochenta, gozan de la santa alegría de vivir.

¿Qué es la vejez?

La humanidad ha pasado miles de años sin pensar en esto, como en tantos fenómenos de su existencia, que ve de cerca todos los días, con la distracción de la costumbre, sin sentir curiosidad, ni preguntarse sus causas.

Ocurre con la vejez lo que con la muerte. Sabemos que ha de llegar, pero la vemos tan lejos, ¡tan lejos!, durante una gran parte de nuestra vida, que solo nos inspira la falsa emoción de una catástrofe ocurrida en un lugar lejano del globo. Nos lamentamos, pero nuestro egoísmo, al ver que no nos toca de cerca el peligro, hace que las palabras no tengan eco en el pensamiento. También estamos seguros de que algún día ha de llegar «el fin del mundo», la muerte de nuestro planeta; pero esto es tan remoto, que no turba ni por un instante la paz de nuestros días.

Las religiones, que tienen sobre la ciencia la enorme ventaja de poder dar respuesta a todos los misterios que nos rodean, sin necesidad de ofrecer pruebas, han explicado, con más o menos fantasía, qué es la vejez, y qué la muerte. El melancólico Budha llamó a la vejez «el tercer sufrimiento». Para el cristianismo, es algo así como la preparación del alma, que se despide, antes de emprender su viaje final al seno de la divinidad.

Poetas y filósofos han discurrido siglos y siglos sobre la vejez, pero de un modo imaginario, sin fundamento racional y científico. Solo a mediados del siglo XIX, los fisiólogos han comenzado a ocuparse de este problema con observaciones prácticas, sentando una afirmación que desconcierta a muchos, haciéndoles morir con la cólera del que se siente víctima de una injusticia del destino.

Según estos hombres de ciencia, el cuerpo humano está organizado para vivir ciento cincuenta años, cuando menos. Algunos prolongan el término más allá de los doscientos años.

¿Y por qué vivimos mucho menos? —pregunta con rabia el egoísmo humano.

Aquí la razón científica se pluribifurca en innumerables explicaciones. Cada sabio expone su teoría, aunque todos ellos están acordes en reconocer, como una de las causas principales, la mala organización de nuestro modo de vivir; la malsana influencia de las rutinas seculares, de las costumbres, de todo el engranaje de la existencia moderna, que al cogernos en la cuna, parece no tener otra misión que llevarnos cuanto antes al sepulcro.

Es indudable que, en remotos tiempos, el hombre vivió más que vive en los presentes. Las tradiciones religiosas que hablan de vetustos patriarcas, alegres y sanos como jóvenes, tal vez no están desprovistas de fundamento. Es probable que alguna vez murieran los hombres centenarios, dulcemente; cual una luz que se extingue, satisfechos de acabar, sin protesta y sin rencor para la muerte, «saciados de sus días», como dice la Biblia.

Los sabios franceses son los que mejor han estudiado científicamente este problema de la vejez y la muerte.

Hace medio siglo, los grandes fisiologistas Flourens y Demange explicaron la vejez diciendo que, con el curso del tiempo, las paredes de nuestras arterias, fatigadas por un largo servicio, pierden su elasticidad. Débiles y saturadas de sales de cal, riegan mal nuestros órganos, que se marchitan y atrofian. Su conclusión es esta: «Cada hombre tiene la edad según el estado de sus arterias». Pero cuando la averiguación científica les preguntó el porqué de esta infiltración calcárea de nuestros vasos sanguíneos, los dos sabios no supieron qué contestar.

Una nueva teoría, más simple y tal vez mejor, ha surgido recientemente: la del sabio Metchnikoff, discípulo y heredero de Pasteur, continuador de su obra, hombre de laboratorio que es, a la vez, un gran escritor y un artista elocuente. Según Metchnikoff, todo el mal de nuestra vida, la triste vejez y la muerte anticipada, reside en el intestino grueso. En los tiempos prehistóricos, cuando el hombre salvaje, fiera semiracional, había de contentarse con grandes cantidades de alimentos vegetales, y

perseguido sin cesar por otros animales superiores, o perseguidor, a su vez, de las bestias inferiores, sentía la necesidad de mantener en su organismo durante largas horas los nauseabundos desperdicios de la alimentación, el intestino grueso le prestó un gran servicio, desarrollándose como un órgano de indispensable necesidad. Las aves que pueden librarse de estos residuos, sin detener su movimiento, carecen de tal órgano. Hoy el intestino grueso es para los hombres, según Metchnikoff, un terrible laboratorio de muerte, donde se fabrican las toxinas que envenenan lentamente nuestra existencia.

El cuerpo humano lo ve este sabio como una república federal de células, en la que la división del trabajo ha llegado al último extremo. «Unas células fabrican el azúcar, otras la bilis; las hay que con sus movimientos producen el fenómeno de pensar». Todos estos pequeños seres que viven en nosotros, formando gran parte de nuestro cuerpo, los apellidan los biologistas «células nobles». Al lado de ellas hay otras células, más groseras y más robustas al mismo tiempo, que están encargadas de la limpieza y defensa de nuestro organismo: como si dijésemos, la policía interior del cuerpo humano. A estas células, siempre hambrientas, rudas y brutales, las llama Metchnikoff «fagocitos», o sea, células comedoras. Si encuentran un microbio o un residuo malsano en nuestro interior, le dan cazan, lo rodean o lo devoran. El ejército de los fagocitos es la guarnición de la plaza fuerte de nuestro cuerpo. Enemigo que penetra en ella perece inmediatamente, y así podemos mantenernos contra los innumerables sitiadores invisibles que nos rodean a todas horas e intentan asaltarnos. Pero estos aliados de nuestra vida, estos defensores de nuestro organismo, crecen en ferocidad con el tiempo. Son como los perros de caza, que acaban por devorar las piezas, olvidándose de ayudar a su dueño. Cuando con el curso del tiempo las células nobles se usan, a causa de las toxinas que fabrica el intestino grueso, y carecen de defensa, los fagocitos las consideran con igual animosidad que si fuesen enemigos, y, arrojándose sobre ellas, las devoran, no dejando más que los residuos calcáreos, imposibles de digerir. De aquí la fragilidad del esqueleto, la decadencia de los órganos, la marchitez rugosa de la piel, la vejez, en una palabra, que no es realmente más que una enfermedad.

Y, sin embargo, esta época de nuestra vida, que representa la decadencia y atrofia de los órganos, ha gozado siempre de cierta superioridad.

Los primeros conductores de hombres fueron los guerreros: esto es indudable. Las hordas, impulsadas a la pelea para poder vivir, acataron por egoísmo y espíritu de conservación, la autoridad del más bruto. Pero cuando el hombre aró la tierra, y al tener otros medios de existencia que la caza o el robo, pudo vivir en relativa paz, acató la autoridad del patriarca, la majestad

de la vejez, y las luengas barbas de nieve, la frente arrugada y serena, ejercieron una influencia misteriosa, un poder religioso, superior al del brazo membrudo, armado con el hacha de pedernal.

En el hombre es instintivo el respeto a la ancianidad sana, que aún puede pensar. Los antiguos dioses, cuando necesitaban oráculos, solo hablaban por las bocas pálidas de los sacerdotes, cubiertas de hilos de plata. Todos sentimos confusamente que algo superior, reposado e inmutable como el supremo misterio de la naturaleza, pasa cual un soplo por esos pensamientos que han vivido mucho.

Una parte importante de la humanidad occidental y civilizada venera como personificación de Dios, a un sacerdote de cabeza blanca, y blancas vestiduras, que extiende su diestra desde Roma. La ancianidad es condición indispensable de su ministerio. Un papa de veinticinco años haría retroceder de espanto al catolicismo.

En el arte, las primeras figuras son grandes ancianos, a partir de Homero, con sus ojos sin luz y su barba de blancos anillos. Victor Hugo, muriendo a los cuarenta y cinco años, hubiera sido para la historia un gran poeta, pero no el vidente de todo un siglo, el patriarca protector de los miserables, el generoso cantor de la «Piedad Suprema». Tolstoi es grande por sus obras, por su sublime locura evangélica, pero lo más conmovedor en él es la ancianidad, esa vejez heroica, eco de todas las miserias y tristezas que acabamos de oír sonar con motivo de su jubileo, implorando la cárcel y el patíbulo, a cambio de redimir a sus semejantes.

La vejez inteligente y sana, con el pensamiento intacto, infunde el mismo respeto que sienten los orientales por el loco sagrado. Hay en ella algo de lo que llaman los árabes «el soplo de Dios».

Antiguamente, el poder del patriarca se fundaba en su experiencia: en lo que había visto y aprendido durante los años. Hoy, esto no es cierto. Un hombre de treinta años puede saber lo mismo que otro de ochenta, gracias a las facilidades que la imprenta y los viajes proporcionan a toda clase de conocimientos.

La majestuosa grandeza de la vejez no reside en la experiencia, sino en su tranquilidad, en su calma impasible para examinar las cosas.

Pasamos gran parte de nuestra vida corriendo tras brillantes y engañosos fantasmas, viendo todo cuanto nos rodea, al través de mágicos celajes.

Peleamos como fieras por el amor, la gloria, el honor, la riqueza... ¡Ay! Solo los viejos, cuando están próximos a abandonar el mundo, saben lo que son y

significan estas palabras. Los velos engañosos se rasgan para ellos. Lo que a nosotros nos enardece, no despierta eco alguno en sus organismos. Ellos conocen la verdad, la única verdad, oculta tras las fantasmagorías juveniles. Lo cierto para ellos es haber cumplido el deber: el único amor, el que presta apoyo al semejante; la única riqueza, la satisfacción de sí mismo por haber hecho el bien.

La vejez, al apagar los instintos y pasiones que perturban nuestra vida, les da una serenidad de semidioses, prolongando su vista al través de las tinieblas que nos rodean.

Una vejez tranquila, con el pensamiento sano, es, como diría un poeta antiguo, «el mejor don de los dioses». Del ángel y la bestia que, según Pascal, llevamos todos dentro de nosotros, el ángel queda en pie, bondadoso, tolerante, lleno de dulce misericordia para los hombres y las cosas, y la bestia apasionada y rugiente de apetitos cae a los pies, como una envoltura rasgada y flácida.

El anciano es grande, porque en él las aspiraciones del espíritu se sobreponen a las de la materia.

Pasamos media vida enloquecidos por el genio de la especie: esclavos del instinto de reproducción que nos perturba y nos hace cometer toda clase de actos indignos o de heroicidades oscuras y disparatadas, creyendo que la existencia no es más que esto; sordos y ciegos para otros deberes.

La vejez, libertada de tan grosera servidumbre, sonríe misericordiosa.

Un obispo español de otros siglos mostraba inmensa tolerancia ante todos los pecados y crímenes. Cuando sus fanáticos familiares se escandalizaban de esta bondad, el anciano les respondía, con rudeza castellana, llevándose un dedo a la frente:

—¿Qué queréis?... Dios nos ha hecho a semejanza de una casa, y cuando no hay paz en el piso bajo, es natural que arriba todos anden como locos.